

Casablanca. ◀



Nuestras películas entrañables

(Parte II)

Presentamos la continuación del especial publicado en el número anterior de *Ventana Indiscreta*, sobre las películas más entrañables tanto de los colaboradores de la revista como de amigos cinéfilos. La pauta fue comentar cinco filmes, pero dimos licencia para que cada quien enfoque sus recuerdos emotivos del cine de la manera más personal.

Ricardo Bedoya

Algunas imágenes que se grabaron en la memoria durante la época anterior a mi cinefilia más consciente: la bruma coloreada que se extiende para matar a los primogénitos de Egipto en *Los diez mandamientos*; el seno furtivo, descubierto en un combate a espada, de Yolanda, *la hija del corsario negro*; el discurso del amenazante Herbert Lom como Ben Yussuf al inicio de *El Cid* (aún no había leído a Edward Said); la imagen final de *Santo contra las mujeres vampiro*; el cuerpo de Helen Mirren en *Corazones en fuga*, de Michael Powell; el cabello flotante de Shelley Winters muerta en *La noche del cazador*; *Hércules*, *Sansón y Ulises*; Zully Moreno en

Dios se lo pague, vista en un viejo televisor; *Marcelino, pan y vino*; Cary Grant descubierto por adoradores de la diosa Kali en *Gunga Din*; la muerte de Tony Curtis en *El gran Houdini*; la aparición de Jack Palance en *Barrabás*; el desborde del río en *Madre india*; *Las siete caras del Doctor Lao*; Sharon Tate en *La danza de los vampiros*; las acrobacias de Nick Cravat en *El pirata hidalgo* y en *El halcón y la flecha*; *La carga de la brigada ligera*; la “performance” aleccionadora de Cagney al final de *Ángeles con caras sucias*; *El profesor chiflado*, *El ingenuo*, y todas las caras de Jerry Lewis en *Las joyas de la familia*; Enrique Rambal azotado en *El mártir del Calvario*; *Hércules sin cadenas*, entre muchas otras.

José Carlos Cabrejo

Carretera perdida de David Lynch siempre tendrá un significado especial en mi vida. Es una cinta llena de misterios por resolver, pero por el propio espectador sensorialmente atrapado por ese mundo que absorbe las emociones tortuosas del *film noir*, una sensación de pesadilla agobiante que le debe mucho a Maya Deren y por ese torbellino pasional de acentos hitchcockianos.

Me atrajo su hermetismo, y la posibilidad de ir comprendiéndola con cada nueva mirada, al revelar cada una de sus claves, inteligentemente colocadas para llegar a lecturas del filme absolutamente estimulantes. Hice una tesis sobre aquella película, y fue



marcando mi interés no solo en la crítica, sino también en la semiótica.

La realización de esa tesis me llevó a indagar en otras cintas, que finalmente descubrí que eran extraordinarias, como *El año pasado en Marienbad* de Alain Resnais. Más de una vez he vuelto a esa película que me apasiona con su fotografía de aire fantasmagórico, y en la que los personajes y su memoria, a pesar de sus contradicciones y sus trampas, nos envuelven con su tormento sentimental.

También tengo un apego especial por aquellas películas que tratan el amor fou, sobre todo *Vértigo* de Alfred Hitchcock, con su exaltado y perverso, pero a la vez encantado *descenso a los infiernos*, y *La mujer de al lado* de François Truffaut, que narra con serenidad un romance de arrebatos animales.

Santa sangre de Alejandro Jodorowsky me llevó a escribir mi primer ensayo sobre cine (que aún no he tenido la oportunidad de publicar). Es un filme que me emociona mucho, y sorprende cómo el director toma el

subgénero de las *slasher movies*, tan lleno de clichés y personajes esquemáticos, para convertir la película en una cruda y a la vez conmovedora representación de la mente de un psicópata.

Giancarlo Capello (guionista)

En la escuela italiana donde me educaron tenían la buena costumbre de pasarnos películas aprovechando el cine teatro Antonio Raimondi. No fue la primera película, pero sí la primera que causó un cataclismo interno: *Alemania, año cero* de Roberto Rossellini. Algunos meses atrás mis padres habían muerto y descubrir que los niños también podían morir, y por voluntad propia, me pareció demasiada honestidad de parte de la vida cuando yo recién cifraba nueve años. No recuerdo haber llorado, pero sí a una maestra que hizo las veces de grúa para levantarme de la butaca. He vuelto a ver esta pieza y aquella secuencia final tiene todavía de experiencia frágil, como si estuviéramos

hechos de cristal y alguien probara puntería con nosotros.

Durante ese tiempo en que dejamos de ser muchachitos para convertirnos en adultos, el mundo asoma delante como un caos y es preciso definir una cierta ética, o al menos el primer borrador de la moral que usaremos el resto de nuestras vidas. Creo que le debo mucho al coronel Frank Slade, que apareció para mostrarme que si bien el mundo está lleno de pendejos, no significa que tengamos que convertirnos en uno de ellos. De él aprendí que la vida hay que tomársela como en el tango: "si uno se equivoca o se enreda, sigue bailando". Y para bailar el tango, nadie como Al Pacino en *Perfume de mujer*.

La vida se aprende en la calle y en las películas de la mafia. Si Coppola y Puzo nos mostraron que el mundo era duro, *Érase una vez en América* nos enseñó que los duros también pueden llorar. Hay algo que se llama lealtad, que no es más que la forma más sincera de amistad, y para hablar de ello, nada mejor que un gánster enamorado y fiel a los suyos como el perro más

viejo. Esta película de Leone es una gran alegoría acerca de las relaciones humanas, donde es fácil encontrar la mejor y la peor versión de uno mismo.

Casablanca, porque es la película a la que siempre vuelvo. El amor entre Rick e Ilsa es una fantástica metáfora de la vida. *Casablanca* habla de las decisiones, de aquellas que se instalan en la sutil frontera que hace de nosotros buenas personas o unos miserables: “el mundo es demasiado complejo como para ponerlo en juego por tres personas”. Es la película del amor heroico y el mejor barman con quien tomarse un trago cuando ella se ha marchado. Yo también quise ser Humphrey Bogart.

Finalmente, *Sorgo rojo*, que me hizo entender que el cine es una experiencia audiovisual y no una exposición. Que el color es un regalo, que el tempo es particular y que la belleza puede capturarse en un plano que dure para siempre.

Oswaldo Chanove (escritor)

El ocaso de una estrella (Billy Wilder). Una diosa del cine caída en el olvido es preservada en un limbo fantasmagórico por el último fan, el único verdaderamente devoto, ese que tal vez hasta la ama. Entonces, en la puerta de la vieja mansión aparece un sujeto absolutamente terrenal, alguien forjado por el fracaso. De esa dinámica entre lo patéticamente ilusorio y lo tremendamente real surge la magia de esta película. Una perfecta triangulación de almas perdidas.

Grey gardens (Ellen Hovde, Albert y David Maysles, Muffie Meyer). Graham Greene aseguraba que si uno mira con la debida atención a cualquier persona obligatoriamente surge la piedad. *Grey Gardens* (del que recientemente se hizo una versión ficcionalizada) no pretende “documentar” un acontecimiento trascendental, o referirse a la vida de algún histórico protagonista. Impulsado por una desnuda curiosidad, sigue con rara atención la vida de un par de excéntricas que no se sabe si han huido de la civilización o son solo una aristocrática excrecencia. Este documental resulta ejemplar porque sabe encontrar la narrativa de lo que no parece tener

demasiado sentido, sabe desplazarse con gracia entre lo patético, sin manchar el asunto con las simplezas del melodrama. Este filme esgrime la mirada del que no comprende muy bien todo, pero entiende.

Amarcord (Fellini). Esta es una sensual reflexión sobre el prójimo, sobre el asombro ante el yo y “lo otro”. El interés por lo físico, por lo corporal, alcanza aquí un nivel lírico, hasta melodioso. Ese desfile de rostros excesivos, de cuerpos inarmónicos, muestra una fascinación al borde de lo pecaminoso. *Amarcord* es una película donde la autobiografía no explora el fuero interno del joven que se inicia en la vida, sino el fuero externo. Y desde ese punto de vista es una catártica revisión de la forma, del rostro que hubiese tenido Fellini si no hubiese sido Fellini. Lo que no me convence son los momentos en los que el cineasta se deja llevar por la tentación de una imaginación desbocada.

Más corazón que odio (John Ford). Un solitario que tercamente busca una pieza perdida en el orden de su universo. Un escenario de extensas praderas, de altos monumentos de roca y de tierra. Las historias (más) entrañables suelen ser las de una obsesión.

Buenos muchachos (Martin Scorsese). Pienso que aquí tendría que poner *El Padrino*, de Coppola, pero la lista de cosas imperecederas cambia todo el tiempo. *Buenos muchachos* es una película que fluye con una agilidad y precisión prodigiosas. La cámara navega, se mueve o se detiene puntuando las expectativas, construyendo énfasis, poblando el universo particular de esos precisos gánsters. Y si bien cada una de las escenas trabaja para la totalidad, muchas de ellas poseen potencia y color suficiente para ser entrañables por sí mismas. Las escenas costumbristas se suceden sazonadas por la dosis exacta de insoportable violencia, por el estridente parloteo del sicópata interpretado por Joe Pesci y, especialmente, por esas albóndigas con salsa de tomate, por las fuentes rebosantes de lasaña, por los ajos finamente picados a filo de navaja.

Melvin Ledgard

Fellini Satyricon de Fellini; la vi a los trece años en el Ministerio de Educa-

ción. De allí en adelante, en el colegio me la pasé predicando a mis compañeros sobre la diferencia de la Roma que se presentaba en esta película de la Roma tipo Hollywood de *Ben Hur*.

Parte importante de mi educación sentimental vino de Truffaut. Sobre todo de *Las dos inglesas y el continente*, película de cabecera acerca de cómo uno podía ir cambiando a través de los años, cómo nos enamoramos y desenamoramos, y como lo dice la película al final, cómo podemos sentirnos viejos cuando vemos salir chiquillas de uniforme de un colegio.

Hablando de amor y vejez, *Robin y Marian* de Lester. No sé cuántas veces la he visto. Me doy cuenta de que hay mejores películas. Pero Robin-Sean Connery con achaques, trepando con esfuerzo el muro de un castillo, y Marian-Audrey Hepburn diciéndole que lo ama más que a Dios, cuando Robin yace postrado en su lecho de muerte, es algo que todavía emociona ¿no?

Como tantos limeños *Nos habíamos amado tanto* de Scola. La primera vez que la vi y una luz iluminaba a cada personaje que recitaba sus sentimientos, mientras todo el resto del mundo quedaba inmóvil, fue algo mágico. Las siguientes veces, y fueron muchas, quizá la magia fue yéndose, pero se fue de a poquitos. Cuando viví en el extranjero me chocó descubrir que no era una película de culto en muchos sitios como sí lo fue en nuestro país.

Hitchcock, por supuesto. *Psicosis* lo marca a uno de por vida. Norman Bates y Marion Crane son arquetipos tan importantes como Edipo y Hamlet para el siglo veinte y para este siglo también.

Rogelio Llanos

Las películas bienamadas

*Solo se vive una vez
y yo viví, al cielo,
en el tiempo
lento
de Henry Fonda.
O.K. Corral*

(Manolo Marinero,
en *Poemas de cine*)

The band cambió mi vida, dijo Eric Clapton, cuando presentó a la banda legendaria en la celebración del ani-

versario treinta en la carrera musical de Bob Dylan. Como él, nosotros también podemos afirmar que *El último rock* (*The last waltz*, 1978), el filme que registra el concierto de despedida de *The Band*, también nos cambió, en cierta manera, la vida. Elton John, The Ventures, Bread, Herb Alpert y algunos otros nombres que ahora prefiero no recordar fueron echados al olvido y The Band, Bob Dylan, Neil Young, Eric Clapton, Van Morrison pasaron a formar parte de nuestro nuevo Olimpo musical. La imagen en negro, la cámara que baja, el sombrero que aparece y el Forever Young de Dylan estremeciéndonos una y otra vez; los planos de conjunto de Danko, Robertson y Young, plenos de luz y de belleza fascinándonos en *Helpless*; el saxo de Garth poniendo las notas finales en *It makes no difference*, mientras la cámara registra su entrada con una inspiración que solo podría tener el gran Marty; y el plano único y emocionante de Laszlo Kovacs perennizando en nuestra memoria el *Mannish boy* de Muddy Waters, son los grandes momentos de la película bienamada.

Pero, quizás no habríamos llegado a *The last waltz* si no hubiera existido esa matinée en domingo cálido y luminoso en la que el infante emocionado que fuimos se enamoró perdidamente de las imágenes cinematográficas de un filme que nos acompañó en el recuerdo, y más adelante en la lectura repetida de los comentarios de Chacho y Juan en el gastado *Hablemos de Cine 23: Los hijos de Katie Elder*. John Wayne mirando el funeral de su madre desde la colina; los hermanos cabalgando juntos en la pradera o reconociéndose a punta de puñetazos y zambullidas en el río; Wayne, brazos extendidos y mirada fiera, vaciando los revólveres contra el enemigo arte-ro, no encuentran parangón en la épica westerniana.

Y, más adelante, nuestra adolescencia será remecida cuando cuatro asaltantes de bancos alcancen la estatura de héroes y, cargados de resolución y coraje, caminen uno al lado del otro para inmolarse en gesto digno y generoso para salvar al amigo apresado por el tirano, en un episodio violento de la revolución mexicana solo registrado en el universo crepuscular del viejo Sam Peckinpah. *Western* furioso, *western* apocalíptico, *western* de redención, *La pandilla salvaje* nos

enseñó que la pureza no existe, pero que los héroes nacen cuando los hombres se elevan por encima de su condición humana.

Río Bravo y *Pasión de los fuertes* cumplieron funciones complementarias en el adolescente en formación. En el primero, supimos que los héroes también necesitan ayuda: Dean Martin, el *sheriff* alcohólico y servil, recupera su dignidad gracias al valiente John Wayne, y este solo podrá derrotar al villano con el apoyo del joven Ricky Nelson; pero, también aprendimos que las mujeres, las mejores, son las “hawksonianas”: aquellas que sin perder la ternura y la sensibilidad, son tenaces y combativas, como Angie Dickinson, que nunca fue más bella que en *Río Bravo*. Ahh, las mujeres, cuánto sufrimos por ellas en nuestra lejana y torpe juventud. Cuánto hubiéramos querido ser tan serenos, elegantes y arrojados como el Henry Fonda que invitaba a bailar a la guapa Clementine con el mismo aplomo con el que desenfundaba las armas en el legendario Tombstone del OK Corral. Sí, aquel lugar en el que cuando las armas callaban, Henry Fonda y nosotros éramos felices, sentados en el porche de una casa, mirando cómo la vida transcurría con plácida sencillez en las calles de *Pasión de los fuertes*.

Sí, los *westerns* nos hicieron muy felices en aquellos años definitorios de nuestra juventud. En aquellos años cuando jamás nos imaginamos que aquel vaquero de andar pausado, de actitud impasible, con el cigarro en un extremo de la boca y velocísimo con la pistola, un día nos sorprendería surgiendo de las entrañas de la tierra misma como un jinete misterioso de resonancias míticas dispuesto a poner sus armas justicieras –el revólver y la fuerza moral en las imágenes, la sensibilidad y la sabiduría detrás de cámaras– al lado de los débiles, marginales y desposeídos, en un itinerario vital que lo señala como el más legítimo heredero de los grandes maestros del cine americano.

Jorge Ossio

Mis [más o menos] cinco películas entrañables

Mis cinco películas favoritas siempre están cambiando. En realidad, tengo

en mi cerebro una lista de películas que en verdad adoro y extraer de ahí solo cinco es un trabajo bastante difícil. Por ejemplo, sé que me encanta *El bueno, el malo y el feo*, pero a veces opto por mencionar *Malas tierras*, *Goodbye solo* o *Mi noche con Maud* antes que ella. No sé por qué. Probablemente no haya una razón, aunque mis amigos aseguran que listo las más rebuscadas para hacerme el interesante. En todo caso, si es que me preguntaran ahoritita (y parece que lo están haciendo) cuáles son las cinco películas que amo más en el mundo, probablemente diría:

La última película, de Peter Bogdanovich; la encontré en una tienda no muy lejos de mi casa, lo cual me sorprendió. Una de las pocas películas que logran crear un ambiente miserable y triste, pero que aún así consiguen hacerte reír, reflexionar y apagar la pantalla sintiendo que sabes un poquito más acerca de la vida o, aunque sea, la vida de alguien más.

La hora 25, de Spike Lee; tenía once años y era el cumpleaños de mi primo, que tenía veinte. Fue probablemente la primera película que me hizo ver que no necesariamente una buena historia debe tener espadas y explosiones. Salí diciendo que me encantó, y ahora que se van publicando las *Best Of* de la década, *La hora 25* figura bastante. Eso me hace sentir bien.

Toro Salvaje, de Martin Scorsese. Varios de los filmes de mi director favorito son obras maestras (*Calles peligrosas*, *El rey de la comedia*, *El aviador*, etcétera), pero este es el mejor. ¿Qué otro director puede unir tan plenamente al espectador con su personaje? Escribí un ensayo acerca de ella porque es el tipo de película que te hace querer escribir ensayos.

Y tú mamá también, de Alonso Cuarón: vi un par de escenas cuando tenía trece años esperando, claro, encontrar mujeres desnudas, pero los acentos mejicanos no me dejaron entender nada. La vi de nuevo cuando tenía dieciséis. Captura perfectamente qué es la amistad, la felicidad, qué significa hacer el amor. Escribí esto acerca de ella en un examen de español en el colegio: “Esta es la película que he estado esperando ver desde que tengo pelos entre las piernas”. No me fue muy bien en el examen.

Tiempos violentos, de Quentin Tarantino: junto con *El bueno, el malo y el feo*, la película más entretenida de todos los tiempos. Sé que es superficial hasta más no poder, sé que hay mucho mejores películas, sé que es el epitome de *style over substance*, pero... me gusta.

Además: varias películas de Woody Allen; *Los imperdonables* y *Cazador blanco corazón negro*; *Quisiera ser grande* y *Trainspotting*, casi todo Robert Altman pero principalmente *California Split* y *Nashville*; *Bajo el volcán*, *Zodiaco*, *Stroszek* y *El enigma de Kaspar Hauser*, *El último tango en París*, *Network*, etcétera.

Gabriel Quispe Cinco filmes, cinco vivencias

En los años de la infancia, el díptico de *Superman* (1978 y 1980) que elaboró Richard Donner, y que por líos contractuales firmó Richard Lester en su segunda parte (y luego hizo la tercera también), fue el primer producto

cinematográfico que concitó mi atención. Ambas entregas las he visto una veintena de veces, cada una, ya hasta la adultez, y es porque cuenta con un oficio y una gracia, atribuibles al buen artesano que siempre ha sido Donner, que aún se mantienen vigentes hoy, en tiempos en que los superhéroes llegan provistos de mayor parafernalia. Son entrañables el debut público en el que Lois Lane es salvada con helicóptero y todo, en la cinta original, y el rescate en las cataratas en la secuela. Y lo son también el carisma de Christopher Reeve, y la maestría de Marlon Brando como Jor-El.

Buenos muchachos (1990) fue la primera película que vi en la Filmoteca de Lima, hace veinte años. Eso sería suficiente para considerarla entre las obras claves de mi cinefilia. Pero además me presentó la capacidad de Scorsese, de quien hasta ese entonces solo había visto *Taxi driver*, para apoderarse con agudeza y profundidad de un mundo viciado y laberíntico, al que ingresábamos al lado de Ray Liotta.

Entrando a la mayoría de edad, *El acorazado Potemkin* (1925) fue una

conmoción. Qué resonante podía ser el silencio, solo matizado por una melodía, qué rotundas imágenes de un artista en el esplendor de su juventud y compromiso con su trabajo y su tiempo.

Aproximadamente en la misma época, aprecié *Psicosis* (1960) y *El ciudadano Kane* (1941), y me convencí de ser cinéfilo para siempre. Son apuestas personales, arriesgadas y refrescantes, expresiones del dominio de un arte en la madurez y la precocidad, claves para querer ver muchas películas más.

Laslo Rojas

En la ciudad de Sylvia. Buenos Aires, calles empedradas, viejos tranvías, mendigos en la calle, ingeniosos graffitis en las paredes y hermosas mujeres en todas direcciones. En ese contexto vi la bellísima película de Guerin, fue en un Bafici, mi primera incursión en un festival extranjero. Enamorado nuevamente de ellas, y del cine, ya no daban ganas de quedarse encerrado en el Hoyts, sino de salir y ver la realidad



Tiempos violentos. ◀

con nuevos ojos, disfrutar esas frondosas cabelleras, los largos cuellos, los hombros desnudos. Ahí descubrí que cada uno tiene su Sylvia, y su ciudad para recorrer, buscándola.

(500) *Días con ella*. Las coincidencias fueron cruciales para grabar esta película en mi memoria amnésica. “Él encontró el amor de su vida, ella no” era el tagline de la película/de la vida reciente en Lima. Era setiembre, primavera. El invierno recién había terminado, y el cambio de estación llegó con un viaje, mi segunda aventura festivalera fuera de Lima. Ella me acompañó al teléfono en el hotel aquella noche, quise contarle todo sobre la película que había visto esa mañana soleada en la sala de Botafogo, pero decidí que era mejor que la viera y construya sus propias conexiones con la pela. Aun sabiendo que la cinta de Marc Webb es un *guy flick* que ellas nunca podrán valorar en su real dimensión.

El ladrón de orquídeas. Un día envié una carta a *El Dominical de El Comercio*, comentando –y no compartiendo– la crítica que hizo Ricardo Bedoya la semana previa a la película de Spike Jonze. Firmé la carta como Horatio Rojas, en honor al gran John Horatio Malkovich, tomado del filme previo de Jonze. El suplemento la publicó sin más. Yo sonreí ese domingo.

Recuerdo también que en los albores de Cinencuentro enviamos una carta a los medios exigiendo el estreno de ciertas películas de interés que se estaban quedando fuera de cartelera. Una de esas cintas fue *El ladrón de orquídeas*. La vimos días después en estreno limitado, un domingo desde la última fila en la pequeña Sala Azul del CCPUCP. Fue nuestra manera de celebrar un pequeño logro.

Antes del atardecer. Cuando vi esta película hacía no mucho que había conocido a una chica que visitaba por primera vez Lima. Compartí algunas horas con ella, las últimas antes de que parta de regreso a su realidad. Viendo la película de Linklater recordé esos momentos, en los que miras tu ciudad a través de ojos extranjeros, y la encuentras más entrañable, única y especialmente divertida. Recordé también que los silencios entre dos perfectos extraños pueden ser tan apreciables

como la mejor conversación con tu mejor amiga. Recuerdo que vimos una película italiana, ella lloró, caminamos por el malecón, y la acompañé al hotel a recoger sus maletas. Ya en el auto rumbo al aeropuerto, ¿cómo despedirse? “Baby, you’re gonna miss that plane”.

Bailando en la oscuridad. O la primera vez que lloraste de verdad en el cine. Doloroso y triste final, además del malestar físico real, a causa de la dura cámara en mano de Von Trier, y una pequeña sala que te obliga a sentarte demasiado cerca. Las primeras veces siempre se recuerdan, para bien o para mal.

Martín Sánchez Padilla

Ir al cine, de la mano de mi padre, ejerció sobre mí los efectos como el de aquella tarde remota (en función de matiné), en que otro padre llevó a su hijo a conocer el hielo: asombro e irresistible fascinación. Los cinco largometrajes que siguen integran una lista aún más extensa de películas que conocí y aprendí a querer, con razón e ilusión.

El rey de la comedia (1982), Martin Scorsese. Un hombre puede alcanzar su sueño transgrediendo la ley y ese sueño, iluminado por reflectores y transmitido en cadena nacional, ser solo una aspiración efímera. Rupert Pupkin (Robert de Niro), añora el *timing* y la versatilidad de Jerry Langford (Jerry Lewis); un popular y exitoso *showman* de TV del *prime time*, aquejado de la misma soledad que su fan transgresor. Pupkin aspirará a sucederlo aunque en ello se juegue todo lo que es; es decir, nadie.

El rey de la comedia es considerada una cinta menor en la filmografía de Scorsese (medida contra esas cimas que son *Toro Salvaje*, *Buenos muchachos* o *Taxi driver*). El retrato patológico que hace Scorsese de su protagonista, histriónico y patético, no me ha dejado de conmovir en cada nueva ocasión que regreso al filme.

La ventana indiscreta (1954), Alfred Hitchcock. Hitchcock era, básicamente, una imagen robusta y televisiva, de los viernes por la noche. Era un cliché; era el rey del suspenso. Años más tarde, durante dos semanas consecutivas, viajé en taxi desde La Perla

al Centro de Lima para alcanzar cada función de las 6 y 30 de la tarde, a la que le sucedía una segunda hasta pasadas las 10 de la noche. Ocurrió, entonces, mi primer acercamiento con ese microcosmos urbano marginal de *La ventana indiscreta*, con la delicada y, sin embargo, arrebataadora belleza de la decidida Grace Kelly y observándolo todo a través de los prismáticos y con la perspicacia del elusivo James Stewart. Desentrañar un crimen no volvió a ser lo mismo, adquirió entonces una dimensión lúdica y no por ello menos tensa, adquirió el ritmo de la música de Franz Waxman.

Misterioso asesinato en Manhattan (1993), Woody Allen. Otro crimen conyugal en un condominio en Nueva York y será también una pareja, aquí de esposos (Allen y Diane Keaton), la que irá develando el misterio; irán más allá de sus posibilidades hasta conseguirlo. Allen se divierte desde ambos lados de la cámara y con él su *troupe* que también integran Anjelica Huston y Allan Alda. El humor y el vértigo fluyen mientras la pesquisa se

► *Vivir su vida.*

adentra debajo de la cama de la occisa, se traslada hasta una refinería en la periferia y termina en una sala de cine a balazo limpio y espejos rotos (su homenaje a *La dama de Shangai*, de Welles). Un Allen ligero, divertido y no menos sólido tras el escándalo de la ruptura con Mía Farrow. La cinta es un pequeño reloj que nunca deja de funcionar.

Ahí está el detalle (1940), Juan Bus-tillo Oro. Que la comedia es el género familiar por excelencia lo aprendí temprano, rodeado de primos y tías en la casa de mi abuela materna. Cantinflas fue un icono popular hasta el final de sus días, no obstante que sus sucesivas caracterizaciones fueron envejeciendo con el paso del tiempo. Para disfrutarlo en estado de gracia había que remitirse casi a sus orígenes. En *Ahí está el detalle*, apretrechado de una verborrea envolvente y desestabilizadora, Cantinflas hace trizas la racionalidad de la argumentación jurídica y subvierte la solemnidad de una corte de justicia. Se defiende de una injusta acusación de

homicidio, acosado por una gavilla de “montoneros”: un juez, un fiscal y su abogado defensor; mientras Joaquín Pardavé moría de angustia y Sara García festejaba a palma batiente. Desternillante.

Más corazón que odio (1956), John Ford. Fue la televisión el medio para acceder al *western* y el blanco y negro su color natural, no podía imaginarme de otra manera aquella lucha agreste entre el bien y el mal. Ver en los noventa *Más corazón que odio* en un pase de la Filmoteca del Museo de Arte, en technicolor y en pantalla gigante, supuso redescubrir uno de los cuatro *westerns* fundamentales de Ford. Nadie como John Wayne para encarnar, con porte y estoicismo, la crispación y la congoja de Ethan Edwards, en su búsqueda tenaz de la sobrina blanca (Natalie Wood), rap-tada y sometida por el jefe Comanche Scar (Henry Brandon). Nunca el título en español de un filme fue más justo para definir su esencia y sentido, que el original en inglés (*The searchers* o *Los buscadores*).

Eugenio Vidal

Desde las vísceras

Cuando algo le gusta a uno demasiado lo hace suyo. Pasa a formar parte de eso que llama su vida. Por eso quisiera subrayar el “mi” de mis películas entrañables: que es ese vínculo vital que se pone sin darse cuenta a los discos favoritos, a los libros favoritos, a la chica favorita. Es decir, la crítica no interesa, importan el capricho, la manía, la obsesión. Y si se confecciona una lista bajo estas condiciones, pues, se quiera o no, también se está perpetrando una confesión.

Empecemos por la niñez. Esa época cuando, por cosas de la vida, uno ya es un adulto y se ve obligado a enfrentar muchas cosas que no son un *playstation*. No se encuentra solo, no obstante. También está Mathilda, tal y como aparece por primera vez en *El profesional*: poco a poco, primero sus medias de rayas de colores que lentamente descubren a esa niña que se fuma un pucho.

Luego crece y empieza a tirar, y todas las chicas que se tira lo recuerdan un poco a *Annie Hall*: dulces golfas impresionables que no saben lo que quieren. Nada que hacer. Salvo, como Woody Allen, intentar convertirlas en una historia.

Y se pierde la inocencia cuando llega Cronenberg. Se descubre que la monstruosidad se puede saborear. *Crash*, el placer está en todas partes: en lo mutilado, en lo deforme, en las cicatrices, en los aparatos ortopédicos, en Rosanna Arquette con prótesis metálicas que se incrustan en la carne de sus piernas.

Pero estábamos hablando de cine. La película que más he visto es *Vivir su vida*. Se me cayó, junto con Godard, la baba por Anna Karina tantas veces que no me acuerdo. Hasta les escribí un ensayo que, en su momento, me creí del todo. Este es mi lado denso.

De manera que, para no parecer un crítico de cine, habrá que cerrar con locura, con *Pánico y locura en Las Vegas*. La película llega por razones indirectas. Pasa mucho, mucho más de lo que se imagina. Quien en realidad me interesa es Hunter Thompson, no Terry Gilliam, pero es que El Gonzo nunca hizo una película. ◻

